

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificción



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Microrrelatos y fotografías

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

ELIANA SOZA MARTÍNEZ

fizcaeliana@gmail.com

Número 7, pp. 168-170
ISSN: 2530-8297



Este material se publica bajo
licencia Creative Commons:
Reconocimiento-No Comercial-Sin
Derivadas
Licencia Internacional
CC-BY-NC-ND

A través de los ventanales



... Todo se ve diferente, más si la lluvia ha dejado lágrimas resbalando por los vidrios. Las sombras se convierten en fantasmas, las luces de los autos en estrellas fugaces. Mis noches de insomnio eran iguales, sentada en la mecedora, viendo pasar la vida nocturna de la ciudad en una soledad absoluta, alguna vez una pareja comiéndose a besos, peleas de borrachos y hombres orinando en la calle. Con las luces apagadas nadie te ve y una puede ser una espectadora clandestina de las miserias de las personas que piensan que nadie las ve. Sin pensarlo, lo empecé a disfrutar y me acostumbré.

Cada noche esperaba, de forma morbosa, cualquier acto en contra de lo establecido por la moral, al punto que el cansancio y el aislamiento desaparecían con el entusiasmo de lo prohibido. Por eso, cuando una pareja empezó a pelear a golpes, avergonzada, me excité. De forma inesperada él tomó una piedra, mi corazón latía desbocado; empezó a golpear la cabeza de la mujer sin descanso, mi cuerpo se encendió en llamas y no pude más que meter mi mano bajo mi ropa interior.

Moría



Sus ramas escuálidas y oscuras no perdían su firmeza, apuntando hacia el cielo sus dedos, aunque ya no estuvieran coronadas por esbeltas flores. El ocaso pintaba un fondo gris que acentuaba la oscuridad de su corteza seca y desvencijada. Los nidos, que alguna vez fueron contruidos en sus frondosos brazos habían desaparecido. Su tronco hueco solo servía de refugio, por una noche, para algún animal extraviado. Atrás quedó el verde y la firmeza de su joven tallo. Sabía que estaba muriendo, pero no se daba por vencido, seguía en pie a pesar de las tormentas que lo trataban de derrumbar, o del viento huracanado que llegó a mover hasta sus raíces. Lucharía hasta que la última gota de savia transitara por sus tejidos adustos. Moriría, sí, pero sereno, solemne y de pie como todos los árboles.